

El festival de máscaras de Hatillo: un carnaval puertorriqueño de Navidad

José Blanco

*Department of Fashion Merchandising and Interiors, Ph.D.
The University of Georgia
jblanco@fcs.uga.edu*

Raúl Vázquez

*Department of Romance Languages, M.A.
The University of Georgia
rvazquez@uga.edu*

Recibido: 31-01-12 • Aprobado: 20-03-12

Resumen

El Festival de Máscaras de Hatillo, Puerto Rico, se ha celebrado, cada 28 de diciembre, desde el siglo XIX. Su origen y significado son temas controversiales, pero la tradición, probablemente, se origina en las islas Canarias. Los elementos más representativos del festival son las máscaras de cedazo pintado para simular rostros y los trajes cubiertos en rizados que, con diferentes colores, forman figuras navideñas, históricas o modernas. El festival, inicialmente una festividad familiar, ha crecido exponencialmente y es organizado por la municipalidad de Hatillo. Los participantes se organizan en grupos o comparsas y compiten por el premio al mejor diseño en tres categorías: tradicional, religiosa y folclórica. Originalmente, los participantes eran solo hombres, pero se aproxima que las mujeres comenzaron a participar durante la década de 1980. La existencia del festival genera un espíritu de comunidad y hermandad mediante las transgresiones sociales que la estructura de carnaval permite.

Palabras claves: Puerto Rico, festival, Navidad, traje, máscaras.

Abstract

The Festival de Máscaras de Hatillo, Puerto Rico, has been celebrated every December 28th since the XIX century. Its origin and meaning are controversial topics, but the tradition probably originated in the Canary Islands. The most representative elements of the festival are the masks made out of wire mesh and painted to simulate faces, and the costumes covered in colorful ruffles that form Christmas, historic, or modern figures. The festival, initially a small family tradition, has grown exponentially and it is organized by the municipality of Hatillo. Participants organize in groups and compete for the best design award in three categories: traditional, religious, and folkloric. Originally, only men participated in the festival but it is believed that women began to participate during the 1980s. Through the social transgressions allowed by the structure of the carnival, the festival generates a spirit of community and brotherhood.

Keywords: Puerto Rico, festival, Christmas, costume, masks.

El Festival de Máscaras de Hatillo se celebra el 28 de diciembre de cada año en Hatillo; pueblo fundado en 1823 y localizado en la costa norte de Puerto Rico. La celebración aparece documentada por primera vez en el siglo XIX como una actividad privada para inmigrantes –exclusivamente masculinos– de las islas Canarias. A lo largo de los años, la actividad se expandió al resto de la comunidad de Hatillo hasta convertirse en una tradición importante de la época navideña para muchas personas del área. A principio de los años setenta del siglo XX, entidades gubernamentales reconocieron la importancia de la herencia cultural de las máscaras y la constante evolución de la práctica, y decidieron establecer un festival sancionado por la municipalidad. Hacia finales del siglo XX, el evento incluía miles de participantes organizados en grupos o comparsas vestidos con conjuntos de trajes elaborados, constituidos por pantalones, camisas de manga larga con una capa adherida, sombreros y máscaras confeccionadas con cedazo y decoradas –al igual que el traje– con piezas de tela rizadas que crean diseños de gran colorido y complejidad. Durante el día, los grupos se desplazan por la ciudad visitando amigos y familiares en el pueblo de Hatillo. El medio de transporte consiste en camiones o jeeps decorados que anuncian su presencia con el sonido de ruidosas sirenas. Por la tarde, el Centro Cultural de la ciudad organiza un desfile, el cual culmina con la presentación de premios a los mejores diseños de traje en tres categorías: tradicional, religiosa y folclórica.

La transición del festival se marca no solo con un cambio de actividad privada a actividad pública sino, también, con un cambio en la composición de los participantes, quienes van de ser exclusivamente masculinos a presentar una mezcla de ambos géneros con amplia participación femenina. Por otra parte, hacia finales del siglo XX, el festival también alcanza reconocimiento en todo Puerto Rico y, ocasionalmente, fuera de la isla, por inmigrantes puertorriqueños en los Estados Unidos de América y otros países.

La tradición oral acredita a inmigrantes de las islas Canarias en España con la introducción, en Hatillo, de la práctica de “correr máscaras” o vestirse con un disfraz y visitar a amigos y parientes en el pueblo durante la primera parte del siglo XIX. Charlie Aguilar (1983), quien organizó el festival oficial en 1971, apoya esta noción en su libro *Las máscaras: tradición de nuestro pueblo*, basado en entrevistas realizadas en 1983 con descendientes de inmigrantes de las islas Canarias, quienes recordaban narraciones de generaciones previas relacionadas con la práctica. No existen, sin embargo, documentos del periodo que puedan corroborar la opinión de que la actividad se daba ya en 1823 o, tan siquiera, en 1840, cuando, por primera vez, existe documentación de la presencia de canarios en el área. Aunque el origen del evento se mantiene incierto, la tradición oral en el área indica que, con el pasar de los años, la práctica de correr máscaras se popularizó fuera de la comunidad canaria y de las áreas rurales de Hatillo hacia el centro de la ciudad y más allá hacia pueblos aledaños como Arecibo, Camuy y Lares.

Enrique Delgado Plasencia (2006), en *Las máscaras de Hatillo: crónica de una tradición* insiste en que, a pesar de que existían prácticas similares en Puerto Rico previo a la llegada de los canarios, el origen de la tradición es claramente canario. El autor describe varias conexiones con el carnaval de Tenerife, incluyendo la organización en comparsas y la decoración de los trajes. El carnaval de Tenerife, sin embargo, al igual que la mayoría de carnavales alrededor del mundo, se celebra justo antes del inicio de la época de Cuaresma, y marca el final de una época festiva que lleva a la abstinencia y el ayuno que se inicia el Miércoles de Ceniza.

Carnaval es una palabra asociada con la idea de carnalidad, que implica el involucrarse en cualquier tipo de comportamiento opuesto al espíritu cristiano de contrición. Historiadores del Renacimiento han asociado el carnaval con

rituales de la Roma pre-cristiana y, aunque existen semejanzas entre los carnavales modernos en Europa y los días festivos de la Roma antigua, la teoría de que el carnaval se originó de prácticas romanas ha sido cuestionada. Roger Caillois (1959), Julio Caro Baroja (1979), Samuel Kinser (1990), Peter Burke (1994) y Max Harris (2003) describen la tradición de carnaval como un festival con origen en las tradiciones cristianas de la Edad Media. El ciclo original de carnaval en Europa empezaba en el mes de diciembre e incluía celebraciones como la Fiesta de San Nicolás y la Fiesta del Obispillo en España. El ciclo continuaba en el mes de enero con la celebración del Día de Reyes y el Día de San Sebastián y concluía en febrero con la celebración de la Candelaria y, finalmente, con las festividades de Mardi Gras, el día antes de iniciarse la Cuaresma.

Baroja (1979), el padre de los estudios del carnaval en España, insiste en que el ciclo de celebraciones navideñas era seguido por los excesos de la época de carnaval, la cual, a su vez, se transformaba en la tristeza y la comisura de la Semana Santa y, finalmente, en el regocijo de la Pascua de Resurrección. Baroja (1979) provee evidencia de la literatura española y documentos históricos para justificar su conclusión de que, por siglos, el inicio de la época de carnaval en España ha sido el día de Navidad. Max Harris (2003: p. 140), al igual que Baroja, insiste en que el carnaval se desarrolló como un efecto del “tupsy-turvydom” de la Navidad.

El Festival de Máscaras de Hatillo se celebra el 28 de diciembre, el día en que la iglesia católica –como parte del calendario navideño– celebra el Día de los Santos Inocentes, en referencia a la historia narrada en el evangelio de San Mateo sobre cómo miles de primogénitos masculinos fueron sacrificados por el Rey Herodes como respuesta a una profecía que anunciaba el nacimiento reciente del nuevo “Rey de los Judíos”. Peter Burke (1994: p. 193, nuestra traducción) explica que:

“la fiesta de los inocentes era parte de los doce días de Navidad, un periodo que siempre se trataba como carnavalesco, lo cual se consideraba como apropiado desde un punto de vista cristiano, ya que el nacimiento del hijo de Dios en un establo era un ejemplo espectacular del mundo vuelto al revés. Tal como el carnaval, los doce días de Navidad eran conocidos como una buena temporada para comer y beber, montar obras teatrales y hacer travesuras de varios tipos”.

Una de las prácticas populares documentadas por Baroja, como parte de las festividades de Navidad, era el vestirse con ropa del género opuesto; principalmente, se ve en el caso de hombres disfrazados como mujeres. Baroja también explica que, específicamente el 28 de diciembre, era común, en España, observar a las personas disfrazadas de “inocentes” con trajes similares a los utilizados por los niños (1979: p. 326). En otros países europeos, para la Fiesta de los Inocentes, también celebrada el 28 de diciembre, los niños se vestían como sacerdotes, obispos o con otros disfraces y visitaban a sus vecinos solicitando dinero y bendiciones (Burke, 1994: p. 192). En la Edad Media, miembros del clero, en la Iglesia Católica, elegían dentro de su grupo a un “obispo por un día” en una celebración conocida como la *Fiesta del Obispillo*, en España; en tanto, la gente del pueblo también elegía un obispo conocido como *fool’s bishop*, *fool’s Abad*, or *King of the Innocents* (Baroja, 1979: p. 326). El espíritu reinante para estas celebraciones era el de inversión del orden natural, el cual se expresaba no solo con las trasgresiones al orden social, sino, también, a través del reverso de los roles sociales y de las jerarquías establecidas. Mikhail Bakhtin (1965) describe todos estos aspectos como característicos de lo carnavalesco en donde se da la posibilidad de disolver versiones de la autoridad por medio del humor, la obscenidad, lo grotesco y la oportunidad de revertir el orden natural o social del mundo; lo espiritual se confunde con lo corpóreo, lo refinado con lo vulgar y lo masculino con lo femenino.

El Festival de Máscaras de Hatillo, por lo tanto, se puede describir como una celebración

de carnaval asociada con la tradición española y europea de extender la época festiva de Navidad hasta el inicio de la Cuaresma. Durante una visita a Hatillo, Puerto Rico, entrevistamos a varias personas quienes insistían en que una temporada de Navidad en su pueblo no puede estar completa sin el Festival de Máscaras. Lolita Sotomayor, una de las costureras con mayor trayectoria en crear trajes para la celebración explicó: *“Los jóvenes dicen que sin máscaras no hay Navidad por la felicidad que ellos tienen ese día, ese día corren como locos preguntándose ‘¿Se nos olvidó esto? ¿Se nos olvidó aquello?’”*¹. Héctor Serrano, líder de *Los tradicionales*, explica:

*“Las máscaras son Navidad. Cuando llega el día yo me siento muy motivado. A veces uno no está contento con el traje y no quiere que llegue el día hasta que uno esté realmente listo, pero siempre estoy ansioso porque llegue”*².

Aida Atilas, otra costurera, agrega:

*“Realmente me gusta. Es el único día en que disfruto la Navidad porque el resto del tiempo estoy cosiendo... El día de las máscaras, temprano [en la mañana], todavía estoy cosiendo, pero luego paso todo el día atendiendo gente [disfrazadas en máscaras] que vienen porque siempre tengo comida y bebidas para ellos”*³.

Los motivos navideños son comunes como decoración en los trajes y se consideran “tradicionales.” La asociación del Festival de Máscaras con la Navidad se afianzó una vez que el Municipio de Hatillo instauró el festival oficial en 1971.

El significado original de la celebración y de los trajes utilizados en Hatillo no se puede determinar con certeza debido a la falta de documentación del periodo temprano y la evolución de la práctica. La tradición oral indica que los enmascarados



Señora Lolita Sotomayor.

representan a los soldados de Herodes que celebran el fracaso del tirano al intentar el homicidio del recién nacido Jesús.

Charlie Aguilar (1983) documentó esta interpretación mediante varias entrevistas conducidas en los años setenta con ciudadanos de Hatillo, quienes habían participado en la celebración por varias décadas y recordaban aprender de sus padres la interpretación mencionada anteriormente. Delgado Plasencia (2006) argumenta en contra de la validez de la teoría de Aguilar e, incluso, la llama “absurda”; se basa en su observación de que no existe una tradición similar de enmascarados asociados con el Rey Herodes en las islas Canarias, donde se cree que la tradición se originó. Aun más, Delgado Plasencia considera tal interpretación “cruel,” y opina que transforma a los enmascarados en bestias. Tanto participantes y costureras, como organizadores del festival, sin embargo, insisten en que la noción más importante es la idea de “celebrar”, no la idea de la persecución de inocentes y que los trajes coloridos y los temas navideños dominantes representan a los soldados celebrando el fracaso de la misión asignada originalmente a ellos por Herodes: la de asesinar a Jesús.

Es posible que este significado se asignara en Puerto Rico mientras la tradición se desarrolló, y que la mayoría de los habitantes en el área haya convertido la idea en el significado actualmente aceptado de la tradición. Aunque no se encuentre una interpretación similar en las islas Canarias, los participantes en el festival han hecho el significado suyo por varias décadas y, de cierta manera, también se convirtió en la interpretación oficial en el momento en que Charlie Aguilar publicó su libro en 1983, con el *imprimátur* oficial del Centro Cultural. Esta interpretación se solidifica, también, al observar que el 27 de diciembre, el día anterior al festival, niños del pueblo de Hatillo participan en un “desfile de inocentes” caminando por las calles con sus frentes marcadas con cruces rojas que indican que ellos son víctimas potenciales o “santos inocentes”. María Cadilla de



Estación de costura.

Martínez (1938), en su libro *Costumbres de mi tierra*, explica que, en el pasado, el 27 de diciembre y la mañana del siguiente día, niños vestidos como “inocentes” visitaban las casas de amigos y de familiares acompañados por adultos disfrazados con máscaras.

Otra pieza de evidencia de la relación del Festival de Máscaras con la celebración de los Santos

Inocentes es la incorporación de bromas. En España, y gran parte de Latinoamérica, el 28 de diciembre se celebra con bromas y trampas para los amigos y familiares quienes, al caer en la broma como víctimas, son considerados “inocentes”. En ciertas ocasiones, estas bromas incluyen el vestirse con un disfraz para la ejecución de la broma, de tal manera que la identidad de la persona que ejecuta la broma se mantenga completamente en secreto. Bromas comunes en el Festival de Máscaras, durante la primera parte del siglo XX, incluían el apagar y encender rápidamente las luces del exterior de una casa, tomar los zapatos de una persona y colgarlos de los cables de tendido eléctrico y asustar a amigos con animales plásticos. Bromas similares, por siglos, han sido asociadas con carnavales en España. Calderón de la Barca narra, en sus obras, tradiciones carnavalescas como la de lanzar harina, agua, huevos, naranjas y otros objetos a los espectadores. Residentes en la región de Laza, en Galicia, han mantenido por años la tradición de lanzar tierra llena de hormigas a los espectadores. Baroja (1979: p. 58) también describe cómo participantes en el carnaval se golpeaban unos a otros con palos y vejigas o producían ruidos estruendosos con artefactos especiales. Bromas similares eran populares entre la comunidad Canaria y todavía se practicaban hasta la creación del festival oficial en la década de los años setenta del siglo XX. El contacto físico raramente se utilizaba en la primera parte del siglo XX, pero fue más común después de los años setenta, cuando personas más jóvenes y grupos más grandes se hicieron parte del festival. Algunos participantes persiguen y atrapan a amigos y a familiares y, ocasionalmente, a una persona desconocida. Hacia finales del siglo XX, una broma común durante el festival consistía en cubrir a miembros de otros grupos e, incluso espectadores, con crema de afeitar y, ocasionalmente, con huevos podridos y orina.

También era común, a principios del siglo XX, el cargar pequeñas bolsas escondidas en el disfraz de máscaras; en ellas se llevaban pequeños juguetes que se utilizaban para hacer reír a los amigos, o



Traje mascarada.

bien, para asustarles, aunque, en ocasiones, también se cargaban en las bolsas cigarrillos, llaves y otros objetos necesarios. En la primera parte del siglo XX, los enmascarados utilizaban caballos y mulas para visitar a sus amigos y familiares. Para no ser identificados mediante sus caballos, los participantes intercambiaban sus equinos con otros familiares o amigos. Los caballos se decoraban con colores similares al traje de cada persona. La tradición oral indica que, en el siglo XIX, y la primera parte del siglo XX, las personas que “corrían máscaras” no usaban un traje definido, sino que utilizaban piezas llamativas de ropa o creaban disfraces con fragmentos de tela y ropa que no necesitaban. Las costureras del área de Hatillo indican que, en la década de 1950, ya se hacían trajes con los colores que, en ese entonces,

se consideraban tradicionales por su asociación con Navidad: azul, rojo, verde y amarillo. Además, indican que se incorporaban detalles con materiales tales como lentejuelas, escarcha, espejos diminutos y cerillas de fósforo. Los sombreros de paja o *pava*, se decoraban con papel crepé o tela. Entre los pocos elementos decorativos que aún se utilizan en los trajes, se destacan los cascabeles, cuyo uso, en los trajes de carnaval, también se observa en España. Julio Caro Baroja (1979) y Barbara Mauldin (2004a) indican que el repique de campanas se utiliza para anunciar la llegada de los enmascarados pero que, además, funciona como un signo del renacer y de nuevas etapas de vida; en este caso asociado con el nacimiento de Jesús.

El elemento más importante del vestuario en la historia del festival ha sido la máscara, a tal punto que este objeto es el que le da el nombre a la celebración. Carl Lindhal (2004) indica que, en los carnavales, las máscaras se utilizan para transformar a los participantes en un ente diferente durante su participación en el festival. En Hatillo, las máscaras cumplían, precisamente, esa función de ocultar la identidad de la persona para que este pudiera jugarle bromas a los demás y, hasta cierto punto, para incitarlos a adivinar la identidad del enmascarado. Las máscaras, originalmente, se hacían de cartón, higueras o barro. En los años cincuenta, empezaron a aparecer las máscaras hechas de cedazo. Aguilar (1983) acredita a José García y a su hijo Carmelo con la introducción de este tipo de máscaras. Por su parte, Lowell Fiet (2000) sostiene que este tipo de máscaras se popularizó en el Caribe debido, en parte, a que el material es fácil de adquirir, de poco costo, maleable y fácil de decorar.

Como se mencionó anteriormente, la institucionalización de la actividad, en 1971, por parte del municipio de Hatillo por medio de las oficinas de turismo y cultura, logró que la popularidad de la celebración se extendiera más allá de la comunidad canaria, haciendo que la actividad entrara

en una segunda etapa –siendo la primera etapa la celebración familiar de los inmigrantes canarios–. El festival se creó con el objetivo de promover y de preservar la tradición. Charlie Aguilar explica que:

“Todo empezó con una idea simple. Queríamos esconder unas bolsas con un poco de dinero en la plaza para que la gente vestida de Máscaras viniera a buscarlas. Al principio había muy pocos participantes y ni siquiera había público. Para los ochenta ya esto era un carnaval y empezamos a dar premios, primero para las carrozas y luego a los grupos. En ese entonces, cada grupo esperaba en línea en sus carrozas y cuando las campanas repicaban las tres de la tarde, todos entraban a la ciudad, desfilando frente a los jueces”⁴.

La creación del festival también promovió la organización de grupos con un nombre distintivo y trajes coordinados que, a la vez, se convirtieron –a través de los complicados diseños– en formas de expresar creatividad e identidad. Otro cambio importante fue la incorporación de sirenas; Aguilar (1983) recuerda que:



Máscara de cedazo.

“Vitín Cortéz fue la primer persona que usó una sirena. Era bien ruidosa. Eso fue en los ochenta. Él no se imaginaba que nos iba a dar tal dolor de cabeza con su idea de usar una sirena en su *Jeep*”⁵.

La creación del festival no solo contó con apoyo oficial de parte del gobierno municipal sino que, también, le permitió a la comunidad de Hatillo unirse en torno a un evento colectivo que refleja la identidad social y opiniones ideológicas del pueblo, en tanto que les permite, también, procesar nuevas ideas y puntos de vista. Existen, por ejemplo, puntos de vista encontrados acerca de las virtudes de los diseños “tradicionales” en los trajes y de la prevalencia de las nuevas imágenes incorporadas por las generaciones jóvenes –las cuales están más expuestas a influencia globales–.

Las imágenes consideradas como tradicionales son decididas por el Centro Cultural básicamente refiriéndose a elementos relacionados con la Navidad. Entre las nuevas imágenes se encuentran personajes de televisión y de películas tales como *Mickey Mouse*, *Los Simpson* y *Chucky* o incluso logos comerciales. Además de estas imágenes, son comunes en los diseños de trajes los elementos considerados como folclóricos, los cuales se utilizan con el afán de preservar tradiciones y la identidad puertorriqueña. Una práctica reciente es utilizar los colores de la bandera de Hatillo: celeste, amarillo y verde. La permanencia de imágenes religiosas en los trajes también es una indicación importante de la expresión católica relacionada con la mayoría de los habitantes de la región.

En los últimos años del siglo XX, el uso de máscaras durante el festival disminuyó considerablemente, en parte debido al crecimiento

exponencial del festival, lo cual implica que pocos participantes se conocen unos a otros y, por lo tanto, la necesidad de esconder la identidad de las personas es menor. Por otra parte, otros tipos de máscara han sido incorporados por generaciones jóvenes. Delgado Plasencia (2006) cree que esto marca una tercera etapa del festival, la cual él llama “*Máscaras sin máscaras*”.

Alessandro Falassi (1987b) define el concepto de festival como:

“una ocasión social periódica y recurrente en la cual, a través de una multiplicidad de formas y una serie de eventos coordinados, participan directa o indirectamente y de diversas maneras, todos los miembros de una comunidad, unificada por aspectos étnicos, lingüísticos, religiosos, históricos o por una visión del mundo en común” (1987: p. 2, nuestra traducción).

El Festival de Máscaras, como un evento celebratorio, provee una oportunidad de concentración y conexión comunal en un espacio y momento específicos; la comunidad se une aún más por la creación y el uso de los trajes utilizados por cada



“Jeep con sirenas”.

grupo. La existencia de las comparsas y la fuerte identificación de los miembros con el grupo a que pertenecen proveen una oportunidad para la integración e interacción a diferentes niveles, que van desde núcleos familiares hasta vecindarios enteros. Charlie Aguilar (1983) opina que, en Hatillo, las máscaras son un elemento de conexión y orgullo colectivo en donde la clase social no importa⁶.

La mayoría de los habitantes de Hatillo está involucrada, de una manera u otra, en el festival. Varias personas, particularmente costureras y líderes de grupo, se ocupan de las preparaciones del festival durante todo el año, mientras que en las últimas semanas antes del festival indican la participación de una gran parte de los habitantes del pueblo en algún tipo de actividad relacionada con la celebración. El 28 de diciembre, todo el trabajo de los meses previos permite la transformación de la plaza y de las calles principales del pueblo en un escenario, el cual –a su vez– se convierte en un espacio de intercambio social. El festival está diseñado considerando el público y provee a los participantes con oportunidades para la transgresión de reglas sociales en un espacio en donde el comportamiento privado se convierte en espectáculo público y los límites o tabús se ignoran por un día, a pesar de la fuerte presencia de la policía local. Tradicionalmente, los participantes le echan crema de afeitar en aerosol tanto a otros participantes como al público y zarandean las carrozas a tal punto que parecen volcarse. De igual modo, los participantes tienden a empujarse los unos a los



Festival Máscaras.

otros, particularmente para manifestar rivalidad entre grupos. Transgresiones de este tipo son comunes en festivales y carnavales en varias partes del mundo y en donde nuevos límites y leyes se crean de facto o en realidad durante la duración de la celebración para permitir uno o más días de fiesta.

En el pasado, estas transgresiones eran posibles, en parte, porque la práctica de correr máscaras existía exclusivamente –o al menos prioritariamente– como una actividad masculina. La violencia y la agresión generada por la actividad se interpretaban como parte de la idea de “juegos de hombres”, hasta cierto punto una oportunidad para los participantes de manifestar esos impulsos masculinos considerados, por algunos, como innatos, pero que deben ser mantenidos bajo control para que una sociedad funcione ordenadamente. No se sabe con certeza

cuándo participaron en el festival las primeras mujeres, en parte debido a que las máscaras en el pasado mantenían la identidad de los participantes como un secreto. Aunque nunca existió una estipulación escrita contra la participación de mujeres, la tradición parecía indicar que la presencia, en el festival, de mujeres como enmascaradas implicaría que el nivel de juego semi-agresivo y la camaradería entre los hombres se verían afectados. Fuentes orales indican que las mujeres, posiblemente, empezaron a participar discretamente en el festival desde finales de los años 1980. Hacia el final de la primera década del siglo XXI, sin embargo, la participación de mujeres en el festival era evidente e incluso existían grupos formados solo por mujeres. La presencia de mujeres como participantes también se hizo más evidente debido a que, hacia finales del siglo XX, como se indicó antes, los participantes en el festival empezaron a abandonar el uso de máscaras y revelar su identidad. El aumento de participación femenina en el festival refleja una tendencia similar en otros festivales que eran exclusivamente masculinos. Katherine Borland (2006) documenta un caso similar con el Festival de Ahuizotes en Nicaragua e indica que, en el nivel global, las mujeres han participado más activamente en carnavales y festivales desde la década de 1970. Borland (2006: p. 92) opina que este es uno de los cambios más revolucionarios en la cultura popular de finales del siglo XX, el cual refleja no solo el cambio de la posición de las mujeres en la sociedad sino, también, la oportunidad para ellas de autorrepresentarse y definirse por sí mismas en la cultura popular.

Martha C. Sims & Martine Stephens (2005: p. 84) describen las tradiciones como un proceso constante de interpretación y de reconstrucción cultural. El pueblo entero disfruta la oportunidad de, constantemente, reinventar una tradición, con lo cual, como indican Sims y Stephens, también pueden explorar la posibilidad de reinventarse a sí mismas. Discusiones importantes de índole histórico y cultural se dan en torno a una variedad de aspectos



70's.

Participación femenina.

relacionados con el festival: su origen, el significado de los enmascarados, los diseños que se deben considerar como tradicionales, la necesidad del uso de máscaras, la participación de las mujeres, etc. Sims y Stephens (2005) también indican que, debido a que las tradiciones se refieren principalmente a la identidad de una comunidad y cómo ellos deciden manifestarla, es claro que la “autenticidad” de una tradición depende en cómo la define la comunidad, no solo en el pasado sino, también, en el presente.

El entusiasmo por el Festival de Máscaras en Hatillo garantiza la continuación de la actividad de correr máscaras y, aunque la actividad mantiene una serie de aspectos del pasado, también ha cambiado para incorporar un espectro más amplio de personas e ideas. En el caso de este festival, la tradición representa tanto la continuidad del pasado así como la innovación de las nuevas generaciones.



Diseños modernos.



Festival de Máscaras, 2006.

Notas

1. Lolita Sotomayor, en conversación con los autores, Hatillo, Puerto Rico, diciembre 2006.
2. Héctor Serrano, en conversación con los autores, Arecibo, Puerto Rico, diciembre 2006.
3. Aida Atilés, en conversación con los autores, Hatillo, Puerto Rico, diciembre 2006.
4. Charlie Aguilar, en conversación con los autores, Hatillo, Puerto Rico, diciembre 2006.
5. Ver nota 4.
6. Ver nota 4.

Bibliografía

Abrahams, R. D. (1987). An American Vocabulary of Celebrations. *Time Out of Time: Essays on the Festival*. Ed.: Alessandro Falassi, 173-182.: Albuquerque, NM.: University of New Mexico Press.

Aguilar, Charlie. (1983). *Las máscaras: tradición de nuestro pueblo*. Quebradillas, Puerto Rico: Imprenta San Rafael.

- Bakhtin, Mikhail M. (1965). *Rabelais and His World*. Trad.: H. Iswolsky. Bloomington.
- Baroja, Julio Caro. (1979). *El carnaval*. (Análisis histórico-cultural). Madrid: Taurus Ediciones.
- Blanco, José & Vázquez-López, Raúl J. (2010). King Herod's Masked Soldiers: Costumes at the Festival de Máscaras de Hatillo. *Dress: The Annual Journal of the Costume Society of America*. Vol. 36. Leeds, UK: Maney Publishing.
- Borland, Katherine. (2006). *Unmasking Class, Gender, and Sexuality in Nicaraguan Festival*. Tucson, Arizona: The University of Arizona Press.
- Burke, Peter. (1994). *Popular Culture in Early Modern Europe*. Cambridge, UK: Scolar Press.
- Cadilla de Martínez, María. (1938). *Costumbres y tradicionalismos de mi tierra*. San Juan, Puerto Rico: Imprenta Venezuela.
- Caillois, Roger. (1959). *Man and the Sacred*. Trad.: Meyer Barash. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Caribe 2000. (2001). *Caribe 2000: Cultural (con) fusion? Transcaribbean Performance and Performers*. Ed.: Lowell Fiet y Janette Becerra. Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico: Río Piedras.
- Delgado Plasencia, Enrique. (2006). *Las máscaras de Hatillo: crónica de una tradición*. Centro de Investigaciones Folklóricas de Puerto Rico. Puerto Rico Inc.: Guaynabo.
- Falassi, Alessandro, ed. (1987a). *Time Out of Time: Essays on the Festival*. University of Albuquerque, NM: New Mexico Press.
- Falassi, Alessandro. (1987b). Festival: Definition and Morphology. *Time Out of Time: Essays on the Festival*. Ed.: Alessandro Falassi, 1-10. Albuquerque, NM: University of New Mexico Press.
- Fiet, Lowell. *Caribe 2000: Cultural (con)fusion? Transcaribbean Performance and Performers*. Ed.: Lowell Fiet y Janette Becerra, 64. Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico. Río Piedras.
- Harris, Max. (2003). *Carnival and Other Christian Festivals*. Folk Theology and Folk Performance. Austin, TX: University of Texas Press.
- Kinser, Samuel. (1990). *Carnival, American Style. Mardi Gras at New Orleans and Mobile*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lindahl, Carl. (2004) 'That's My Day': Cajun Country Mardi Gras in Basile, Louisiana, USA. *¡Carnaval!* Ed.: Barbara Mauldin, 121-43. Seattle: University of Washington Press.
- Maulding, Barbara, ed. (2004a). *¡Carnaval!* Seattle: University of Washington Press.
- Maulding, Barbara. (2004b). Ritual and Play: *Carnival in Nahua Indian Communities of Tlaxcala, Mexico*. *¡Carnaval!* Ed.: Barbara Mauldin, 145-71. Seattle: University of Washington Press.
- Nunley, John W., Judith Bettelheim & Barbara A. Bridges. (1988). *Caribbean Festival Arts: Each and Every Little Piece of Difference*. Seattle: University of Washington Press.
- Sims, Martha C. & Martine Stephens. (2005). *Living Folklore: An Introduction to the Study of People and Their Traditions*. Logan, Utah: Utah State University Press.